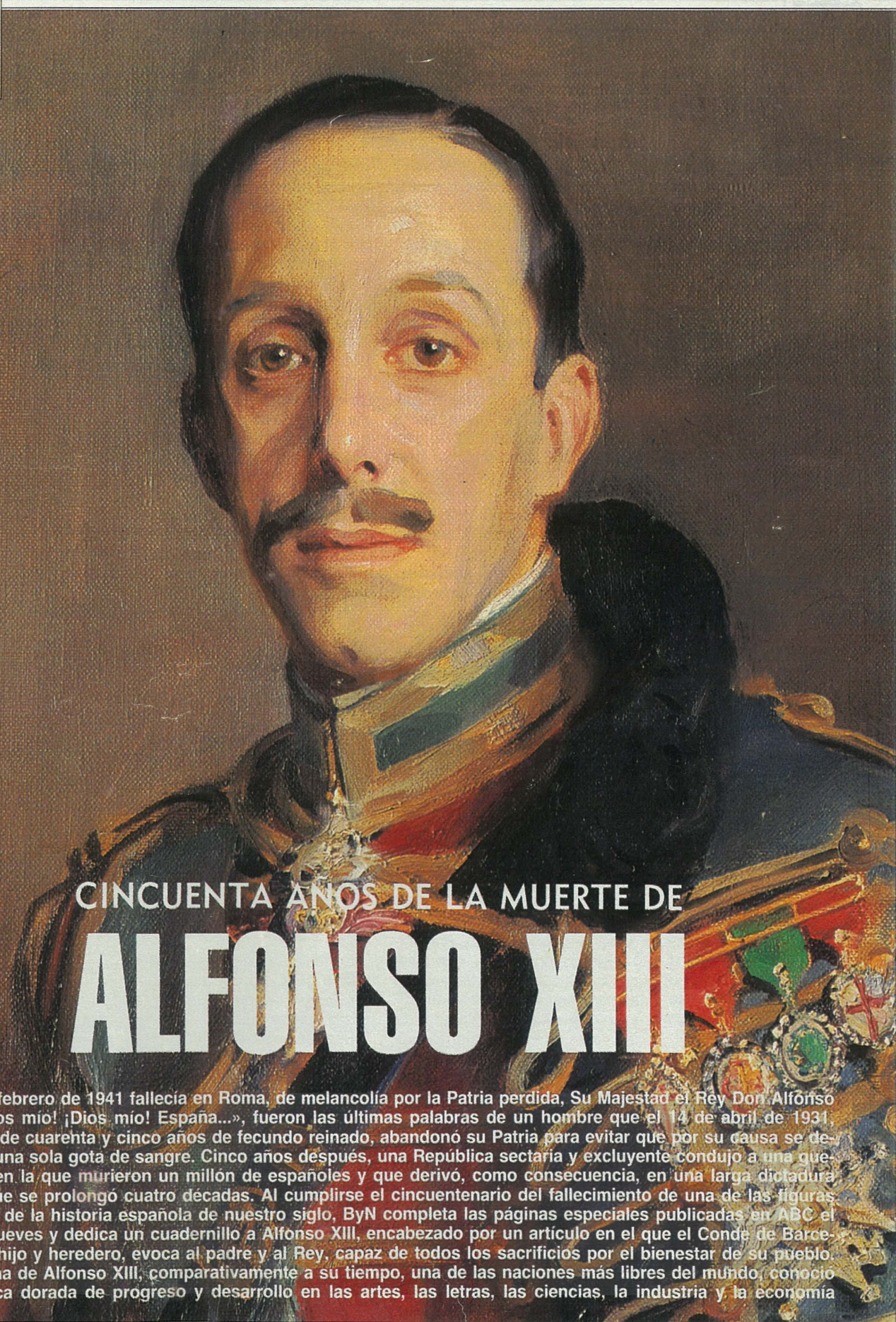




CINCUENTA AÑOS DE LA MUERTE DE ALFONSO XIII

El 28 de febrero de 1941 fallecía en Roma, de melancolía por la Patria perdida, Su Majestad el Rey Don Alfonso XIII. «¡Dios mío! ¡Dios mío! España...», fueron las últimas palabras de un hombre que el 14 de abril de 1931, después de cuarenta y cinco años de fecundo reinado, abandonó su Patria para evitar que por su causa se derramara una sola gota de sangre. Cinco años después, una República sectaria y excluyente condujo a una guerra civil en la que murieron un millón de españoles y que derivó, como consecuencia, en una larga dictadura militar que se prolongó cuatro décadas. Al cumplirse el cincuentenario del fallecimiento de una de las figuras capitales de la historia española de nuestro siglo, ByN completa las páginas especiales publicadas en ABC el pasado jueves y dedica un cuadernillo a Alfonso XIII, encabezado por un artículo en el que el Conde de Barcelona, su hijo y heredero, evoca al padre y al Rey, capaz de todos los sacrificios por el bienestar de su pueblo. La España de Alfonso XIII, comparativamente a su tiempo, una de las naciones más libres del mundo, conoció una época dorada de progreso y desarrollo en las artes, las letras, las ciencias, la industria y la economía



MI PADRE, ALFONSO XIII

COMPREDÍ muy pronto, no sé a qué edad exactamente, pero muy pronto, que mi padre era una persona diferente, a la que todos trataban de un modo especial. A esa edad yo no era capaz de explicar en qué consistía la diferencia, pero sí de percibirla. Le velamos normalmente por la mañana y por la noche, lo mismo que a mi madre. Era muy afectuoso. Y tenía un enorme sentido del humor. Un poco a lo popular, quizá, a lo madrileño. A veces se le escapaban expresiones castizas. Con nosotros era cariñoso y enérgico cuando hacía falta. Le temíamos a sus regañinas más que a nada en el mundo. Y no porque temiéramos los castigos, que los había, sino porque tenía un modo especial de tocar en nuestro amor propio, de hacernos ver que cada falta era como una traición a la dignidad que nos debíamos, al deber que nos obligaba como miembros de la Familia Real.

Era sobrio en la mesa. Le gustaba la carne, sobre todo, y desayunaba fuerte: una tortilla y un bistec por las mañanas. El almuerzo lo hacía, en cambio, más bien ligero, menos los jueves, que se comía cocido en el Palacio. Era muy aficionado a la gimnasia sueca y nos enseñó a ejercitarnos en ella.

Insistió siempre en la idea de que un Rey o cualquiera de sus hijos reciben, por el hecho de serlo, un tratamiento especial de cortesía y respeto al que están obligados a corresponder. Nos enseñaron desde niños a agradecer y estimar el interés de las personas hacia nosotros, pagándolo con la misma moneda de afecto y atención. Nos enseñaron también la cortesía de la puntualidad. Hacerse esperar, aunque sólo fuera cinco minutos, representaba una falta gravísima.

Mi padre era muy buen jinete. De ahí su gusto por el polo, deporte que sólo puede practicarse con un dominio absoluto del caballo. Adoraba la navegación a vela y era una escopeta fuera de serie. Al tenis no jugaba bien.

Era zurdo, por cierto. Y el fútbol no le entusiasmaba. Era fácil y audaz al volante de su automóvil, lo mismo que al timón de una embarcación.

De mi padre dicen —yo en esto no puedo ser juez— que era llano y accesible para todos, pero que podía —con un tono, con un gesto, con una palabra— volver a establecer una frontera de respeto si alguien, frívolamente, la traspasaba. La postura personal de un Rey es muy difícil y el obligado concepto de su propia dignidad condiciona su trato con mil matices de delicada apreciación. Alfonso XIII, en todo caso, creo que dejó una estela de sencillez y simpatía personal que aún perdura.

Se negó siempre a admitir excesivos cuidados de protección personal en torno suyo. Decía que un Rey, que disfruta del gran privilegio de serlo, debe ofrecer a cambio ese riesgo personal como un tributo, como una especie de compensación. Los atentados posibles formaban parte para él del conjunto de riesgos e incomodidades inseparables de su condición regia. Sufrió tres atentados graves, de los que salió sin daño milagrosamente. Pero jamás cambió su criterio.

En abril de 1931 escogió, a mi modo de ver, el único camino posible, una vez que había decidido no derramar una sola gota de sangre por su causa. Frente a la violencia con la que se le amenazó, cualquier acto de energía hubiera significado el endurecimiento de unas posiciones irreductibles y, en el mejor de los casos, un aplazamiento del problema de fondo. Yo aplaudiré siempre su actitud, que fue la del sacrificio personal en favor de su pueblo. Intentó que este sacrificio fuera el último, aunque desgraciadamente no pudo ser así. Yo creo que fue una actitud ejemplar, que demostró su gran amor a España. Y creo que para entender del todo esta decisión de mi padre hay que partir de ese amor que él sentía de una manera directa, absoluta, elemental. Las elecciones de abril le

produjeron un inmenso desengaño que podríamos llamar amoroso. Él creyó que, por encima de todos los problemas, contaba con el afecto personal de los españoles. Pensó que ese pueblo, al que tanto quiso siempre, no lo rechazaría. Su marcha fue una separación llena de melancolía. En el documento que se hizo público está bien clara esta nota triste: «... que no tengo el amor de mi pueblo». Repetía: «Si no me quieren, no me queda más que marcharme.» Los buenos enamorados son los que prefieren la felicidad del ser que aman a la suya propia. Alfonso XIII demostró con su gesto que nadie le ganó nunca en amor a España.

En el destierro su nostalgia era inmensa y continua. Hay que darse cuenta de que un hombre cualquiera, en el exilio, puede seguir ejerciendo su actividad, puede llenar sus horas con un afán diario. Pero el hombre que no ha sido otra cosa más que Rey, ¿qué puede hacer? Mi padre no hacía más que pensar en España y hablar de España. Lo que más le dolía de la separación era eso, la separación. Y lo que más le molestaba, en un orden ya material, práctico, era la falta de información sobre su país. ¡Tener que recurrir a los periódicos y a la radio cuando se está acostumbrado a conocer las noticias en el instante de producirse!

No tenía ambición personal. Lo que le dolía era que un instante de pasión hubiera borrado las cosas buenas que hizo.

Recuerdo su dolor lacerante por la guerra civil, su alegría inmensa cuando terminó. La imagen que tengo de mi padre es la de un Rey con mala suerte, la de un hombre que siempre jugó limpio, que no tuvo un reproche ni un mal gesto cuando a su alrededor flaquearon las voluntades y se olvidaron las lealtades y deberes, y que se fue solo diciendo «¡Viva España!», al encuentro de la mayor tristeza del mundo.

Juán DE BORBÓN
Conde de Barcelona







Alfonso XIII fue Rey desde el momento de su nacimiento, caso extraordinario en la Historia. Arriba, el Rey niño, en un retrato de Domingo Marqués. Abajo, en una fotografía junto a su madre, la Reina Regente Doña María Cristina



EL 28 DE FEBRERO DE 1941, TRAS DIECISÉIS DÍAS DE GRANDES SUFRIMIENTOS, ALFONSO XIII FALLECIÓ CRISTIANAMENTE EN ROMA RODEADO DE TODA SU FAMILIA

EN el otoño de 1940 las últimas ilusiones de Alfonso XIII para volver a España se dispararon. Los hechos demostraban que Franco no hacía sino dar largas a la restauración de la dinastía, a fuerza de declaraciones a favor de la Monarquía, diluidas en un cúmulo de reservas de todos los órdenes. Por si su persona, inevitablemente ligada a los acontecimientos del pasado, era la causa que demoraba el retorno a la continuidad histórica protagonizada por nuestra Casa Real, Don Alfonso quiso dejar expedito el camino imponiéndose la abdicación en su hijo y heredero Don Juan de Borbón, libre de cualquier supuesto lastre político.

El temple del hombre que nació Rey, y su perfecta conciencia de todas y cada una de las circunstancias que concurrían en su meditada abdicación lejos de España, se revelaron en la sobriedad del acontecimiento. Y ante un notario, en la quietud de su cuarto del Grand Hotel, el hotel romano en el que habitaba, firmó el acta de renuncia en su hijo Don Juan que, debidamente protocolizada, quedaría en forma de copia archivada en la Embajada de España, fechada el 15 de enero de 1941.

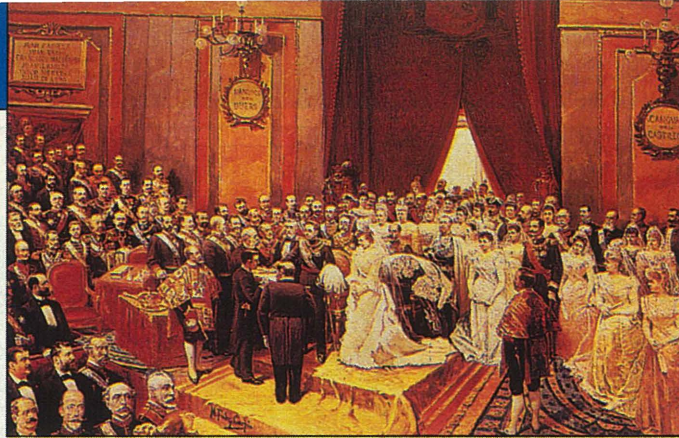
Ya el ocho de julio de 1939, ante un notario suizo, Alfonso XIII había dictado el siguiente testamento:

«Alfonso XIII de Borbón y Austria, mayor de edad, español, encontrándome con plena capacidad jurídica y en el perfecto uso de mis facultades mentales, procedo a otorgar mi testamento conforme a las declaraciones siguientes, y



Sobre estas líneas, Alfonso XIII, en primera fila, a la izquierda, junto a un grupo de jóvenes de su edad, en una clase de instrucción militar. A la derecha, el joven Rey en compañía de dos de sus preceptores en su despacho de estudio. Junto a estas líneas, el niño Rey con su abuela paterna, la Reina Isabel II, y sus dos hermanas, María de las Mercedes, Princesa de Asturias, y la Infanta María Teresa





ajustándome a las leyes de España, que quiero rijan mi sucesión como rigieron mi vida.

I. Declaro que, conforme a las enseñanzas de mis mayores y a las tradiciones y sentir de la nación española, profeso la religión católica, apostólica y romana, en cuyo seno, por convicción propia atestiguo que he vivido y deseo morir.



II. Declaro asimismo estar casado con Su Majestad Doña María Victoria Eugenia de Battenberg, de cuyo matrimonio viven mis cuatro hijos, Sus Altezas Reales Don Jaime, Doña Beatriz, Doña María Cristina y Don Juan.

III. Dejo a la voluntad de mis herederos lo referente a funerales y sufragios por mi alma, disponiendo sólo que mi cadáver, dentro

del ataúd, se cubra con la bandera española que ondeó en el buque que me condujo de Cartagena a Marsella en abril de 1931. Pido, además, que si no pudiera, inmediatamente después de mi fallecimiento, dárseme sepultura en el panteón de El Escorial, junto a mis predecesores en el Trono, se haga así tan pronto sea posible.

IV. Por las razones expuestas en mi manifiesto a los españoles de 14 de abril de 1931, dejé el trono, pero sin abdicar mis derechos, los cuales transmito a mi descendencia, a fin de que los ejerciten cuando así convenga al bien de España, lo que ha sido mi esperanza constante y más ferviente. Perdono de todo corazón a aquellos por quienes fui

combatido y denigrado injustamente.

V. Hago constar que tengo aprobada la renuncia de mi hijo Don Jaime, en su nombre y para su descendencia, en lo referente al derecho de sucesión a la Corona y que, en virtud de tal renuncia, el heredero inmediato de aquella es mi otro hijo varón, Don Juan, que por eso ha asumido el



En la página anterior, arriba, la jura de Alfonso XIII, el 17 de mayo de 1902, plasmada por Manuel Fernández Carpio. A la izquierda, boda del joven Rey con la Princesa Victoria Eugenia de Battenberg en la iglesia de Los Jerónimos, de Madrid, el 31 de mayo de 1906 (óleo de Juan Comba). Arriba, la recepción oficial en Palacio, que substituyó al baile de las bodas reales en señal de duelo por las víctimas de la explosión de una bomba al paso del cortejo nupcial por la calle Mayor, momento que recoge la impresionante instantánea de abajo, publicada en ABC y que dio la vuelta al mundo





«SUCEDA LO QUE SUCEDA EN EL FUTURO, NADIE PENSARÁ QUE LA MONARQUÍA PUEDE SER EL COTO CERRADO DE UN GRUPO O DE UNA CLASE, SINO RECINTO ACOGEDOR, PARA TODOS ABIERTA Y POR TODOS SOSTENIDA», MANIFESTÓ DON JUAN DE BORBÓN TRAS LAS EXEQUIAS DE ALFONSO XIII



Don Juan de Borbón, en el centro, rodeado por sus hermanos Don Alfonso, Don Jaime, Doña Beatriz y Doña María Cristina, en 1914. El hijo menor de los Reyes de España, Don Gonzalo, nacería a fines de aquel mismo año (Óleo de Benedito). En la página siguiente, los retratos oficiales de Don Alfonso XIII y Doña Victoria Eugenia, por Álvarez de Sotomayor. Ambos se conservan en el Palacio de Oriente

título de Príncipe de Asturias. Por tanto, encarezco a mis familiares que reconozcan en Don Juan la autoridad que, mientras subsistió la Monarquía, pertenecía al Rey sobre sus parientes, conforme a las leyes nacionales, y a mi dicho hijo le exhorto a que, como consecuencia de esa autoridad, se considere, en el alcance de sus

medios y según los dictados de su conciencia, investido del deber de ayudarlos».

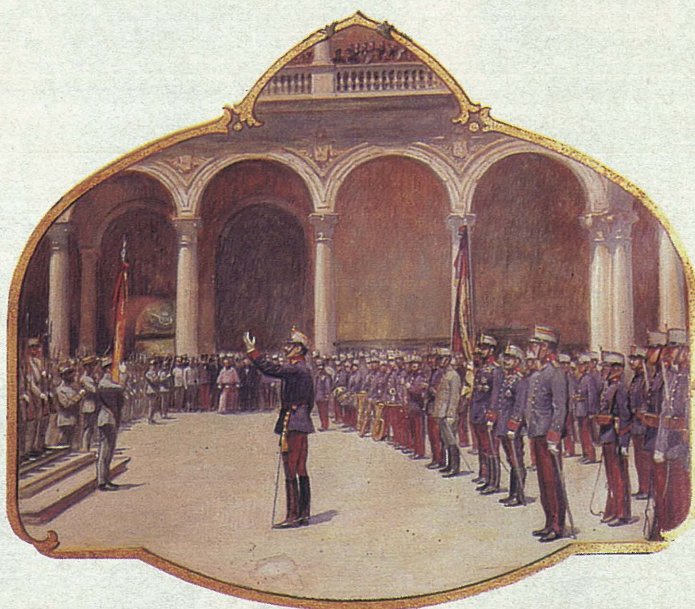
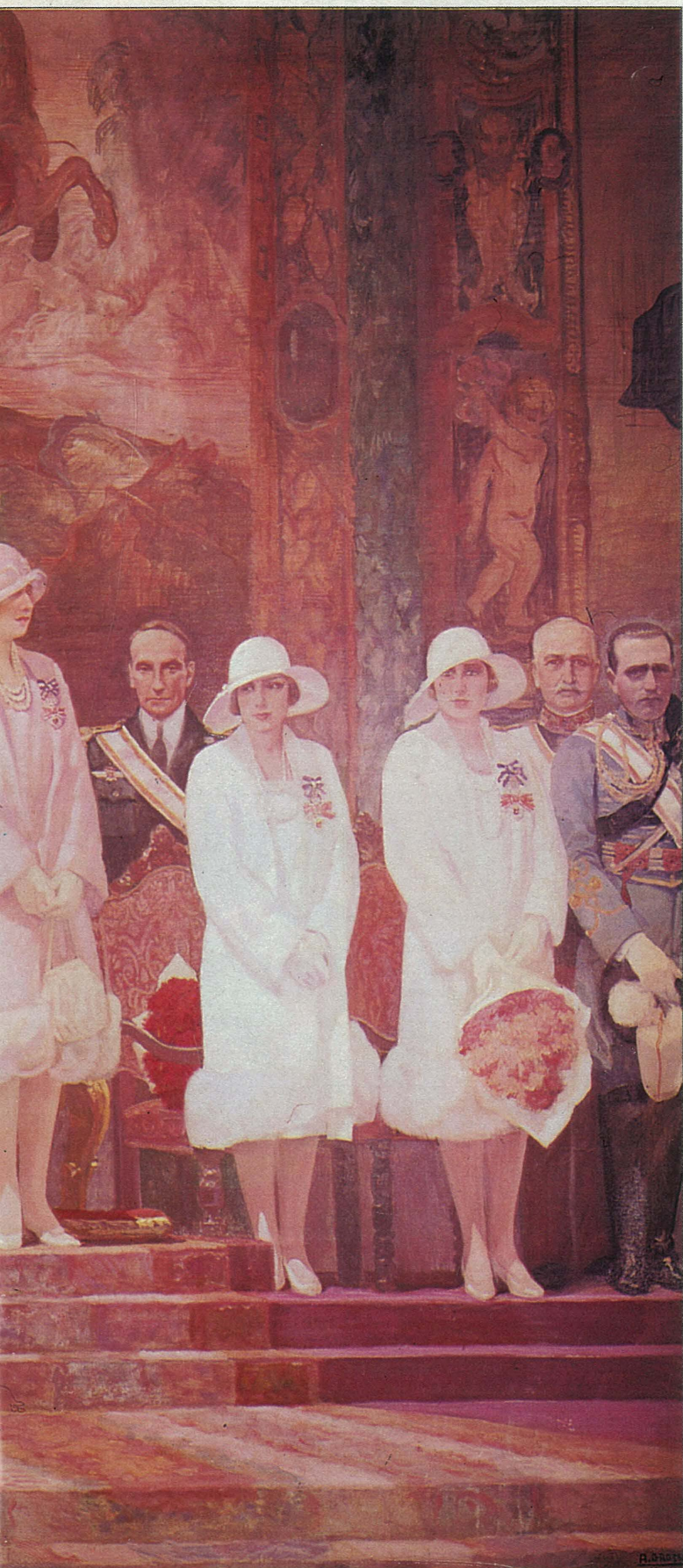
Aún no había transcurrido un mes de la firma de su abdicación cuando, en la mañana del 12 de febrero de 1941, una angina de pecho postró a Alfonso XIII, que sólo contaba cincuenta y cuatro años, en un ataque que, afortu-

nadamente, pudo superar. La Reina Doña Victoria Eugenia, que se hallaba en Suiza, acudió presuntamente a su lado. Los hijos se renovaban en vena del doliente. Durante el destierro, el Monarca apenas si había guardado cama por pequeñas gripes y enfriamientos, a los que era muy propenso. Por eso se creyó al proni-

to en una dolencia que podía vencerse con relativa facilidad. Pero el propio Don Alfonso, tan sagaz en la observación de la vida práctica, fue el primero en advertir lo próximo del fin: la disnea comenzaba a ahogarle y no podía descansar apenas, sino incorporado a medias sobre el lecho, con la cabeza apoyada so-







A la izquierda, los Reyes, con sus hijas las Infantas Beatriz y María Cristina, en la inauguración de la Exposición Iberoamericana de Sevilla, en 1929 (lienzo pintado por Alfonso Grosso). Arriba, Alfonso XIII arenga a los cadetes durante una de sus visitas a la Academia Militar de Toledo. Cuando Alfonso XIII salió de España en 1931, dejó un gran Ejército y la cuarta Marina del mundo. Debajo, Su Majestad Católica en la inauguración del monumento al Sagrado Corazón de Jesús en el cerro de los Angeles



bre una pila de almohadas.

El padre Ulpiano López, de la Compañía de Jesús, fue llamado a su cabecera, pues el Rey quería confesarse y recibir la eucaristía y la extremaunción. Dos excelentes enfermeras, siervas de María, sor Inés y sor Teresa, secundaron al padre López en curar también del alma de Alfonso XIII. Un notable médico italiano, el doctor Colazza, se puede decir que vivía permanentemente cerca del enfermo con abnegación ejemplar.

Las primeras noticias de la enfermedad del Soberano llegaron a Madrid de una manera confu-

sa: tan pronto anunciaban su gravedad extrema como su mejoría. Se sabía que, menos la Infanta María Cristina, Condesa Maroné, retenida en Turín por un inminente alumbramiento, toda la Familia Real acompañaba al Monarca. Doña Victoria se había instalado en la habitación contigua a la de su esposo, y frente a ésta estaba la de los nuevos Reyes, Don Juan y Doña María, quienes habían abandonado temporalmente su lejano piso del Viale Parioli para no separarse de su padre. Los Reyes de Italia y Su Santidad el Papa enviaban de continuo mensajeros para in-



En mayo de 1910 fueron fotografiados juntos, en el Palacio de Buckingham, los Monarcas europeos que acudieron al sepelio del Rey Eduardo VII. Sentados, Alfonso XIII, Jorge V de Inglaterra y Federico VIII de Dinamarca. De pie, de izquierda a derecha, Haakon VII de Noruega, Fernando I de Bulgaria, Manuel II de Portugal, Guillermo II de Alemania, Jorge I de Grecia y Alberto I de Bélgica





ANTE LA REACCIÓN POPULAR, QUE CUBRIÓ DE CRESPONES LAS CALLES DE TODO MADRID Y OTRAS CIUDADES ESPAÑOLAS, EL GOBIERNO TUVO QUE DECRETAR DUELO NACIONAL «POR EL SOBERANO MUERTO LEJOS DE LA PATRIA»



Alfonso XIII con algunos de los presidentes de su Consejo de Ministros. De arriba abajo, y de izquierda a derecha, con don Antonio Maura, don José Canalejas, don Eduardo Dato y don Miguel Primo de Rivera. En la página siguiente, arriba, Mañanós perpetuó en este lienzo la visita de Don Alfonso XIII, con su esposa y su madre, en mayo de 1915, al Banco de España. Debajo, a la izquierda, los Reyes presiden una sesión de la Real Academia Española, y Don Alfonso en el acto de colocación de la primera piedra de la Ciudad Universitaria de Madrid

teresarse por la condición del enfermo.

El día 21 de febrero pidió el Rey comulgar de nuevo.

—Déme la absolución, padre, por si queda algún pecado, aunque en estos días no hago más que sufrir —solicitó Don Alfonso al jesuita—. ¡Estoy hecho polvo!

El 27 llegó, desde Zaragoza, el manto de la Virgen del Pilar. Uno que había bordado y regalado a la milagrosa imagen la Reina Doña María Cristina, madre de Alfonso XIII, siendo aún Regente.

Don Alfonso pareció reanimarse:

—Que vengan los médicos, que quiero que vean cómo un español y un católico no tiene necesidad de inyecciones cuando recibe el manto de la Virgen del Pilar.

Entró en un ahogo preagónico. A la Reina Victoria Eugenia, que lloraba a su lado, le dijo:

—Esto se acaba, Ena...

Estaba sentado en un sillón, porque no resistía su organismo el permanecer echado en la cama. Así pasó toda la noche. Por la mañana, casi sin aliento, movió la cabeza como buscando algo. La monja le preguntó:

—¿Quiere ver la hora, Señor?

—No —respondió Don Alfonso con un hilo de voz—. Quiero ver el manto.

Un poco después pidió:

—Agua fría.

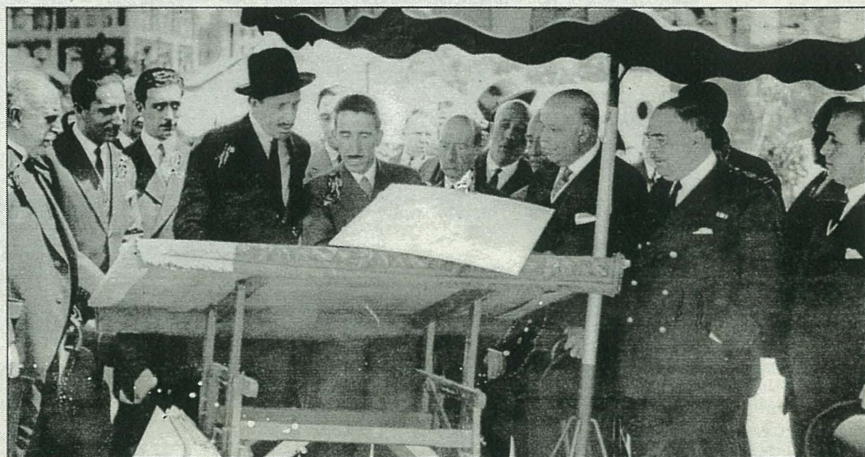
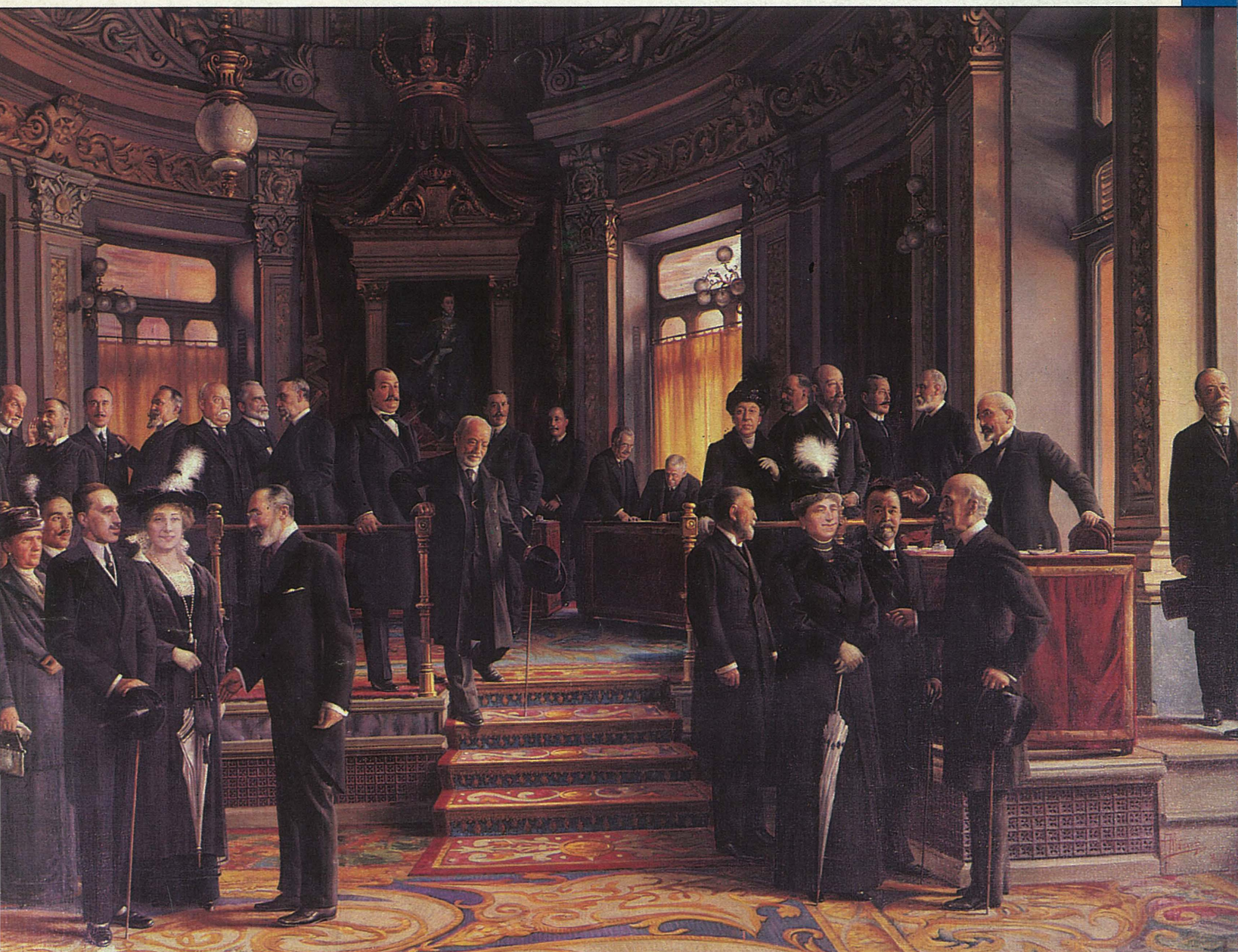
Luego, en la convulsión de la muerte, intentó incorporarse sobre el sillón. Le escucharon claramente estas palabras:

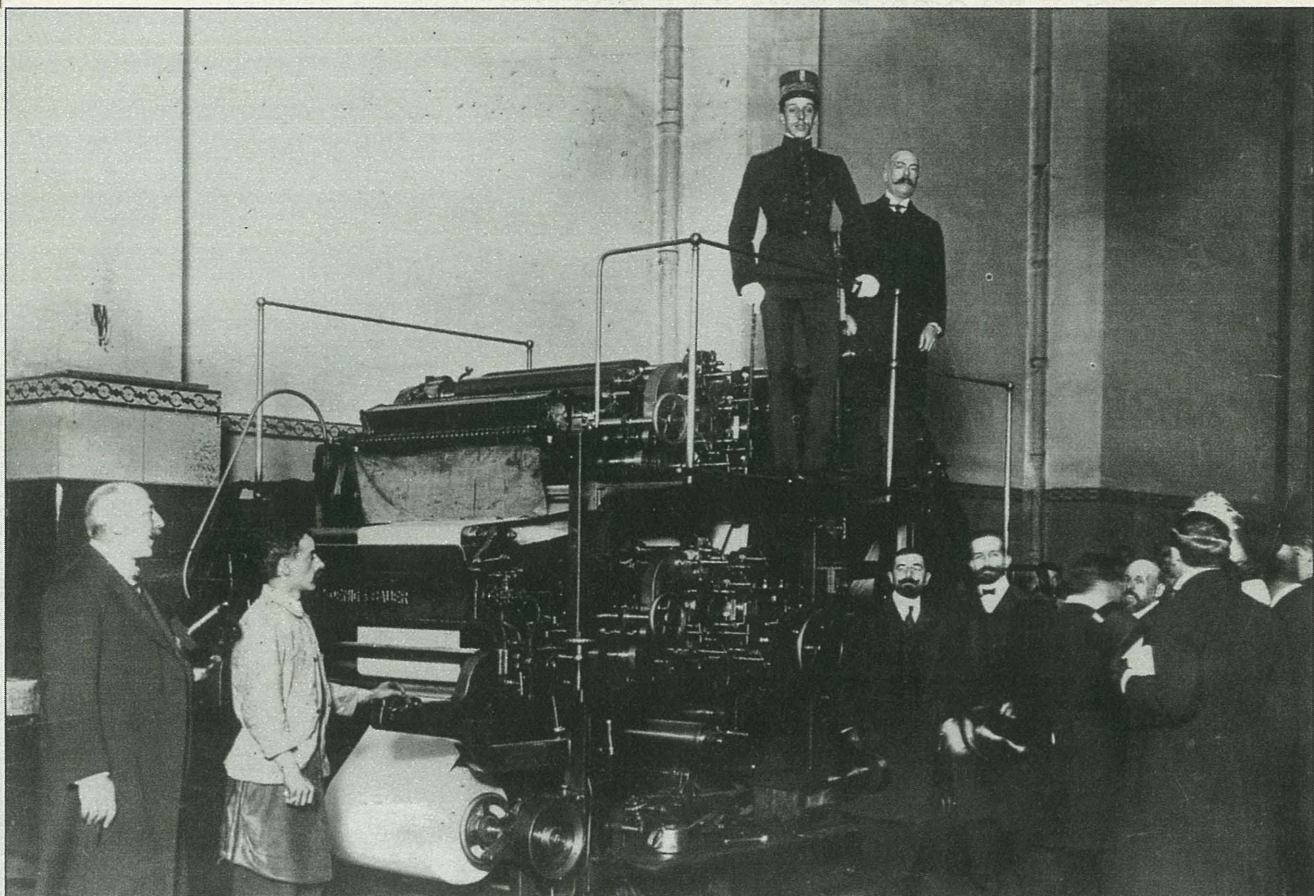
—¡Dios mío! ¡Dios mío! España...

Y expiró. Eran las once cuarenta y siete minutos de la mañana del 28 de febrero de 1941.

La viuda —la Reina Madre— y el joven Rey mantuvieron estoicamente la dignidad de su rango: Doña Victoria Eugenia se inclinó profundamente ante su hijo Don Juan. Los Infantes Don Jaime y Doña Beatriz sollozaban junto al cadáver, que fue colocado en el







Don Alfonso XIII con el fundador de ABC, don Torcuato Luca de Tena, durante una de las visitas del Monarca a nuestra Casa. Debajo, el Rey en el viaje que realizó a las Hurdes en 1922

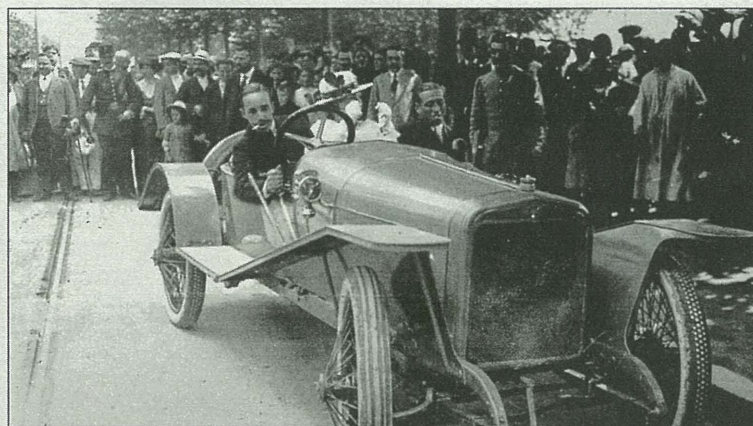


suelo, amortajado con el blanco hábito de Gran Maestre de las Órdenes Militares, sobre la bandera española del buque que lo había conducido al exilio, y de la que jamás se apartaba el Soberano. Encima de su cuerpo se colocaron el manto de la Pilarica y el estandarte real, y bajo su cabeza un saquito con tierra española.

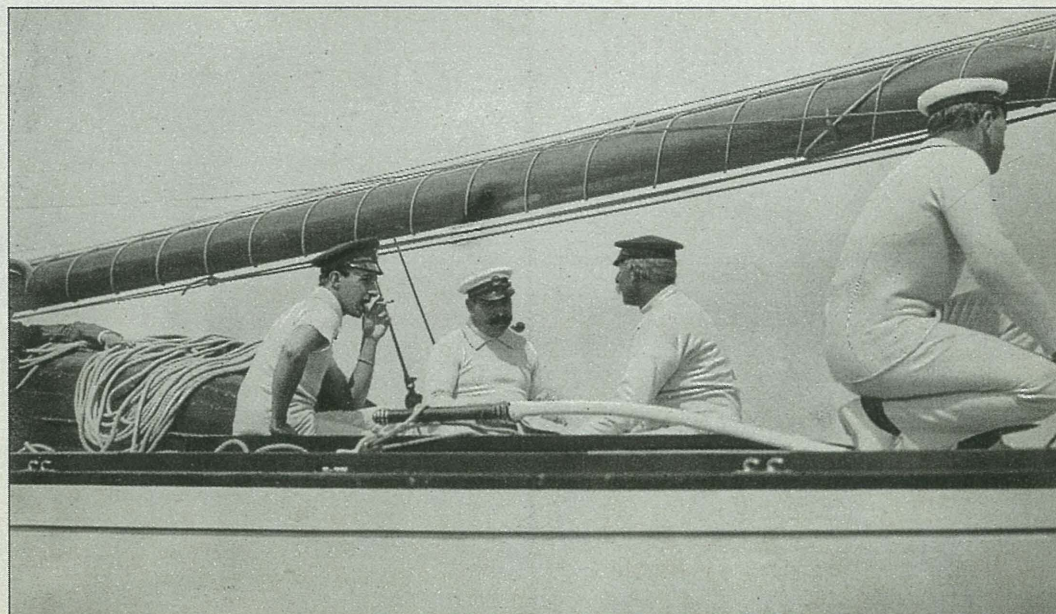
El padre López dijo la primera misa en la misma habitación, ayudado por Don Juan, a la que asistieron la Familia Real; el embajador de España ante la Santa Sede, Yanguas Messía; el encargado de Negocios cerca de El Quirinal, conde de Puerto Alegre, y unos pocos españoles más. Las Reinas Victoria Eugenia y María de las Mercedes, así como los Infantes, tomaron la comunión.

En España el Gobierno decretó duelo nacional y solemnes honras fúnebres «por el Soberano, muerto lejos de la Patria, cuyos destinos sirvió fervorosamente desde su puesto de Rey. En su día se acordarán las medidas necesarias para el traslado de sus restos mortales al panteón de El Escorial». (Traslado que Franco no llevó a cabo nunca y que sólo pudo realizarse treinta y nueve años después, ya durante el reinado de Juan Carlos I, según los deseos del difunto en su testamento, encomendados a Don Juan de Borbón.) Franco envió una corona que llevaba estampada en las cintas de los colores nacionales esta dedicatoria, muy bien discurrida para no comprometer nada: «A S.M. el Rey D. Alfonso XIII, Francisco Franco.» Contrastaba junto a aquella, imponente, una chiquita de flores blancas que ganó el primer sitio. «Al abuelito querido», rezaba. Y era de Don Juan Carlos.

Pero si el jefe del Estado español se comportaba en lo oficial aparentemente cortés, en la realidad fue menos generoso. A pesar de hallarse Europa en guerra y en pleno desbarajuste de comunicaciones, cambios de moneda, etcétera, se ocultó que un millar de españoles pidieron pasaporte con ánimo de asistir a los funerales del Rey en la Ciudad Eterna. Por el testimonio de



Alfonso XIII fue un gran aficionado a los toros y a los automóviles. Apasionado de las cosas de la mar, practicó con destreza los deportes náuticos, afición que heredarían su hijo Don Juan, Conde de Barcelona, su nieto el Rey Don Juan Carlos y su bisnieto el Príncipe Don Felipe





MADRID DIA DE
ABRIL DE 1931
NÚMERO SUELTO
10 CÉNTA. 12 1/2 15

ABC

AL PAÍS

DIARIO ILUSTRADO. AÑO VIGESIMOSEPTIMO
N.º 8.333 12 1/2 15

REDACCION Y ADMINISTRACION: CALLE DE SERRANO, NUM. 46 MADRID

He aquí el texto del documento que el Rey entregó al presidente del último Consejo de ministros, capitán general Aznar:

Las elecciones celebradas el domingo me revelan claramente que no tengo hoy el amor de mi pueblo. Mi conciencia me dice que ese desvío no será definitivo, porque procuraré siempre servir a España, puesto el único afán en el interés público hasta en las más críticas coyunturas.

Un Rey puede equivocarse, y sin duda erré ya alguna vez; pero sé bien que nuestra Patria se mostró en todo momento generosa ante las culpas sin malicia.

Soy el Rey de todos los españoles, y también un español. Hallaría medios sobrados para mantener mis regias prerrogativas, en eficaz forcejeo con quienes las combaten. Pero, resueltamente, quiero apartarme de cuanto sea lanzar a un compatriota contra otro en fratricida guerra civil. No renuncio a ninguno de mis derechos, porque más que míos son depósito acumulado por la Historia, de cuya custodia ha de pedirme un día cuenta riguroso.

Espero a conocer la auténtica y adecuada expresión de la conciencia colectiva, y mientras habla la nación suspendo deliberadamente el ejercicio del Poder Real y me aparto de España, reconociéndola así como única señora de sus destinos.

También ahora creo cumplir el deber que me dicta mi amor a la Patria. Pido a Dios que tan hondo como yo la siento y lo cumplen los demás españoles.

Alfonso XIII

A la derecha, el histórico manifiesto de Alfonso XIII al partir hacia el exilio, y el Rey, en Roma, siguiendo sobre un mapa las operaciones militares de la Guerra Civil



Alfonso XIII presidió el bautizo en Roma, en 1938, de su nieto Don Juan Carlos, hoy Rey de España, que aparece en brazos de la Reina Victoria Eugenia



Vegas Latapié, Satrustegui, Sainz Rodríguez y otros destacados monárquicos sabemos que se pusieron toda clase de dificultades y que sólo llegaron a tiempo un par de docenas de privilegiados para rendir homenaje al Monarca difunto y a la Corona en la persona del sucesor.

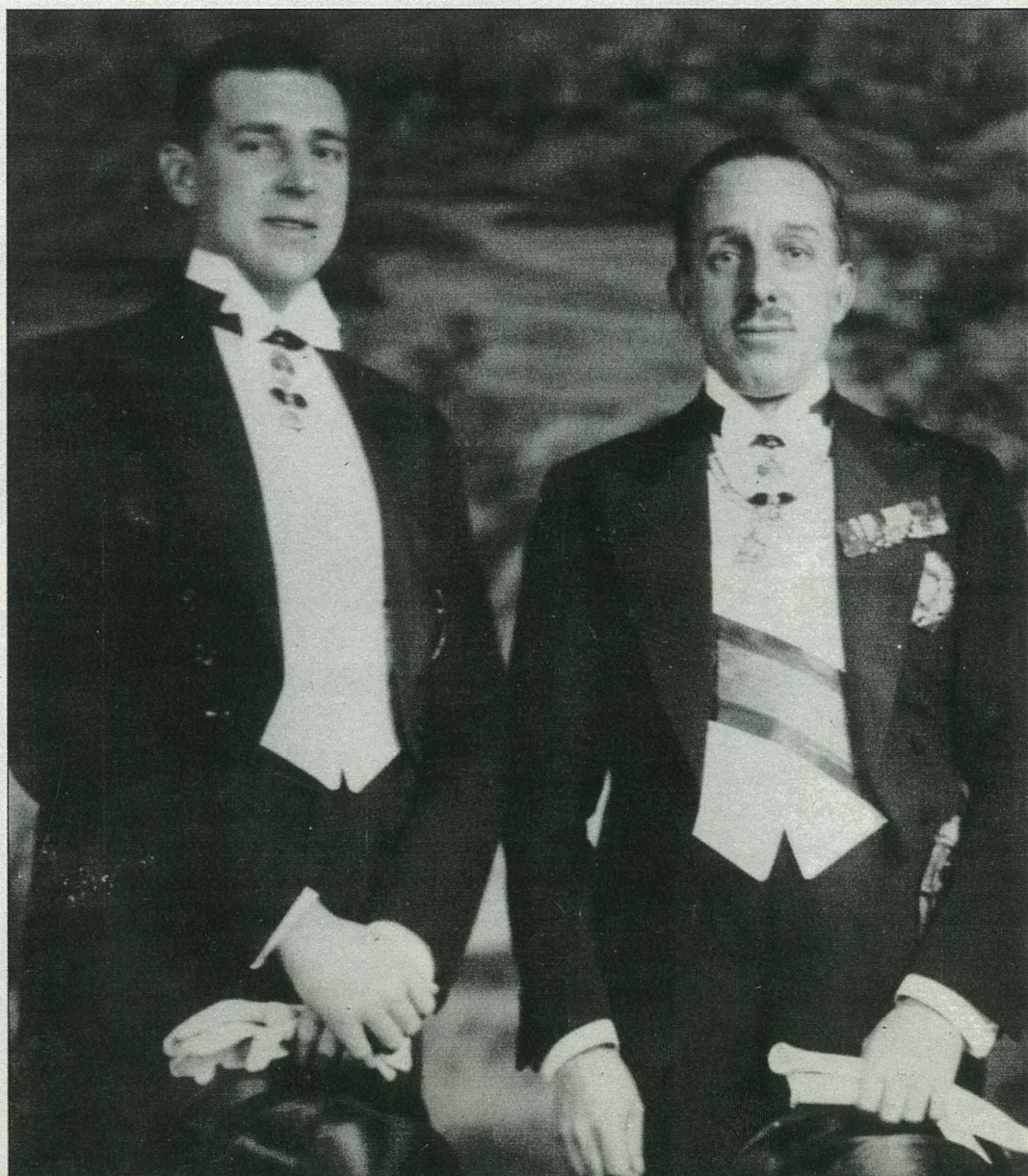
Don Juan de Borbón, colocado por el protocolo a la derecha del Rey Víctor Manuel III de Italia, presidió en Roma el entierro de su padre. A la izquierda del Monarca saboyano se situó el Infante Don Jaime. Desde la basílica de Santa María de los Ángeles, donde tuvo lugar el funeral, el

cortejo fúnebre desfiló entre la guardia italiana, que rendía honores reales al cadáver, hasta la iglesia española de Montserrat, donde fue inhumado en un sepulcro provisional abierto bajo la sepultura de los Papas españoles Calixto III y Alejandro VI.

Sobre la lápida se inscribió solamente: «Su Majestad el Rey Don Alfonso XIII», seguido de las fechas de su nacimiento y de su muerte. Pero el título grande de los monarcas españoles, que correspondía al difunto era: «Don Alfonso XIII, León, Fernando, María, Santiago, Isidro, Pascual, Antonio, Rey de España, Majestad



El Rey actuó como padrino en la boda de la Princesa María de las Mercedes de Borbón-Dos Sicilias, en 1935, con su hijo y heredero Don Juan de Borbón (debajo)





LA ESPAÑA DE ALFONSO XIII FUE,
COMPARATIVAMENTE A SU TIEMPO, UNA DE LAS
NACIONES MÁS LIBRES DEL MUNDO, Y CONOCIÓ UNA
ÉPOCA DORADA DE DESARROLLO Y PROGRESO EN
TODOS LOS CAMPOS DE LA ACTIVIDAD SOCIAL



Don Juan de Borbón, Rey de derecho de España, presidió en Roma el entierro de su padre, Alfonso XIII, junto al Rey Víctor Manuel III de Italia, a cuya izquierda el protocolo situó al Infante Don Jaime. Don Juan anunció que desde aquel momento adoptaba el título de Conde de Barcelona de entre los históricos propios de los Soberanos españoles

Católica, Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Menorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de El Algarve, de Algeciras, de Gibraltar, de las Islas Canarias, de las Indias orientales y occidentales, de las Islas y Tierra firme de la Mar Oceana; Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, de Brabante y de Milán; Conde de Habsburgo, de Flandes, del Tirol y de Barcelona; Señor de Vizcaya y de Molina.»

Y hubiese podido también seguirse así: «Jefe Soberano y Gran Maestre de la insigne Orden del Toisón de Oro; Maestre y Administrador perpetuo de las cuatro órdenes militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa; Jefe y Hermano Mayor de las Reales Maestranzas de Caballería de Ronda, Sevilla, Granada y Valencia; Primer Maestrante de la Real de Caballería de Zaragoza, etc, etc.»

ABC publicó un extenso editorial el 1 de marzo en el que decía, entre otras cosas: «Ha muerto un gran español. Su corazón estuvo penetrado siempre de un amor sin límite a España. Español por su educación y por sus anhelos, por aquel ideal de engrandecimiento de su Patria que fue guía y norte de sus actos. Sobre él cayeron la falsedad y el odio de quienes, quebrantándolo, querían quebrantar el baluarte que se oponía a sus ansias antiespañolas. Su figura entra en la Historia, y en ella encontrará la justicia que le corresponde. ABC, ante la inexorable desgracia que nos llena de un hondo dolor, hace llegar a la Real Familia el testimonio de su solidaridad en sus sufrimientos, y eleva fervidamente su dolor a Dios para el descanso eterno del ánima de Don Alfonso XIII.»

Los balcones de Madrid y de otras ciudades españolas se llenaron espontáneamente de colgaduras y crespones en señal de duelo. Ante aquel hecho significativo, el ministro Serrano Suñer, cuñado de Franco, envió a todas las Jefaturas Provinciales, el 4 de marzo, un telegrama prohibiendo



Los restos mortales de Don Alfonso XIII fueron conducidos por las calles de Roma, cubierta la carrera por tropas del Ejército italiano que rindieron homenaje. Debajo, a la izquierda, la habitación 32 del Grand Hotel de Roma en la que falleció Alfonso XIII el 28 de febrero de 1941 víctima de una angina de pecho. A la derecha, en la iglesia española de Montserrat de la Ciudad Eterna quedó provisionalmente sepultado el cuerpo del Soberano en el exilio bajo las tumbas de los Papas españoles Calixto III y Alejandro VI





Treinta y nueve años después de su fallecimiento, los restos mortales del Rey Alfonso XIII llegaban a España en enero de 1980, trasladados desde Roma a Cartagena y de aquí a El Escorial, acompañados por su hijo el Conde de Barcelona, que actuó, por expreso deseo de Don Juan Carlos, en calidad de embajador extraordinario. Don Juan, que daba así cumplimiento a la voluntad expresada por su padre de reposar en España, se cuadró militarmente ante su hijo, el Rey, y pidió la tradicional venia para hacer entrega de los restos de Alfonso XIII al prior de los agustinos, encargados de custodiar el panteón real del monasterio escorialense



los comentarios excesivos sobre la muerte del Rey, donde se notificaba: «Esa Jefatura cuidará muy especialmente reiterar directores periódicos su demarcación orden prohibiendo artículos o comentarios con motivo muerte de Don Alfonso de Borbón. Igualmente queda prohibido dar cuenta en periódicos de ningún acto religioso o civil que se celebre, aparte funerales oficiales acordados por el Gobierno o actos Roma de los que informe agencia Efe. Se encarece que esta consigna sea vigilada por esa Jefatura para procurar su más exacto cumplimiento.»

El 5 de marzo, dos días después de las exequias del Monarca, Don Juan de Borbón recibió a los españoles que habían conseguido llegar a la Ciudad Eterna y les dio a conocer el texto de la carta de aceptación de los derechos dinásticos que con tal motivo enviara a su padre cuando éste renunció a la Corona en su favor. El jefe de la Casa Real manifestó en la ocasión que, mientras permanecía alejado del ejercicio efectivo de las funciones reales, adoptaba el título de Conde de Barcelona, de entre los títulos históricos de soberanía propios de los Reyes españoles, y manifestó: «Suceda lo que suceda en el futuro, nadie pensará que la Monarquía puede ser el coto cerrado de un grupo o de una clase, sino recinto acogedor, para todos abierta y por todos sostenida.»

Medio siglo después la postura del Conde de Barcelona sigue siendo la misma. En el exilio, primero; en la oscuridad ejemplar, después. Al conmemorar aquellas páginas de la Historia conviene detenerse en hacer mención de la responsabilidad histórica que ha sobrellevado dignamente Don Juan —como Soberano ausente hasta su renuncia en 1977 en su hijo y heredero; como Rey padre a continuación— y subrayar dos de sus más importantes características personales y políticas: el sentido democrático de la Monarquía que siempre ha defendido y su sentido austero de la vida. Sin duda, dos importantes legados para sus sucesores dinásticos.

Juan BALANSÓ



El 19 de enero de 1980 los restos mortales de Su Majestad el Rey Don Alfonso XIII recibieron definitiva sepultura en el panteón real del monasterio de El Escorial. Arriba, un aspecto del cortejo fúnebre. Sobre el féretro, envuelto en la bandera española, se colocó la corona real durante la celebración litúrgica. Bajo estas líneas, la tumba donde fue inhumado el cadáver de Don Alfonso XIII, en el panteón de Reyes





Don Juan de Borbón,
su hijo Don Juan
Carlos I y su nieto el
Príncipe de Asturias
son los sucesores del
Rey Alfonso XIII y los
tres eslabones más
recientes en la larga
cadena dinástica de
la Casa Real
española, la más
antigua de las
reinantes
hoy en Europa

